

juzgaba firme en su silla respecto de aquel punto de costumbre papistas, y que por ello, dando una media vuelta, hacía lo posible para mudar de conversación. En su virtud, más resuelto que nunca, quiso acosarla; pero su madre le hizo una señal para que desistiera, diciéndole:—¡Oh! Vamos á comer un poco, sin disputar de estas cosas.—John sentóse á la mesa y no pronunció palabra. Discurría sus razones y sus argumentos incontrastables contra Julia, diciendo en su corazón: “¡Esta te la guardo! Lograré desquite de la partida que perdí en Turín, cuyo escote pago aún; ¡es una cosa que yo he visto!”

XXVI.

UNA ESCARAMUZA ENCARNIZADA.

Tanto conservó John su propósito de batallar con miss Julia, que no bien hubo dejado la mesa, fué á su encuentro. No podía estar tranquilo si aquella misma noche no salía de penas á su modo, intentando su desquite, que se lisonjeaba de conseguir.—Cuando vayais, dijo á la joven, á la comedia de la Santísima *Annunziata*, avisadme.

—Con mucho placer, respondió Julia. ¡Oh! ¡Aun dais vueltas á las *herejías* que habeis visto allí?

—No, nada: me quiero proporcionar el gusto (cada cual tiene los suyos) de ver si

á vos, tan conocedora de la biblia, os ocurre imitar también al pueblo ignorante.

—¡Si ya os lo he dicho! Yo soy la más plebeya de la plebe cristiana. Nosotros no tenemos una fe de varias ediciones; una económica para los sencillos, y otra de lujo para que halague la soberbia de los literatos: todos constituimos el pueblo: la misma fe para todos, la misma religión y las mismas prácticas.

—¿Inclusa la de adorar todos á la Virgen en la Santísima *Annunziata*?—

Mistress Needle desesperó desde un principio de hacerlo callar. No se atrevía ni deseaba tampoco reñir á John en presencia de Julia. Procuró, pues, desviar á lo menos un poco la cuestión, diciendo á su hijo:—Por merced, deja en paz á la pobre iglesia. Ignoro por qué le has tomado tirria. No recuerdo haberla visto siquiera. ¿Dónde está?

—En el fondo de la calle de los Siervos; es una de las mejor situadas de toda Florencia, dijo John.

La joven, dirigiéndose á la señora:—¿Os acordais de aquella iglesia deslumbrante de oro? Fué una de las primeras que visitamos. Tiene una galería abierta delante, corres-

pondiente á otras dos que flanquean la plaza, diseñadas por Brunelleschi.—

Mistress Needle, sin fatigar mucho su memoria, lo recordó perfectamente.

—Recordareis entonces, añadió Julia, que desde la galería se entra en un patio de pequeñas columnas, cerrado alrededor por vidrieras, en las cuales gozamos admirables pinturas de artistas de primer orden: es un verdadero *narthex*, para el uso de las antiguas basílicas, aunque dispuesto según el uso florentino, que todo lo adorna y sublima con las más bellas artes.—

La señora hizo entonces innumerables preguntas, y parecía más curiosa de lo que lo era, con el fin de distraer á John de su intento; mas este, después de permitir que devanaran un poco la madeja de las bellas artes, dijo, cogiendo la hebra suya:—Yo estudié, sobre todo, aquella capilla que hay á la izquierda del que entra en el templo, y domina con su hermosa cúpula en el vano de la nave. Allí está el punto que miss Julia quisiera evitar.

—De ningún modo, contestó la Joven con fuerza; es un centro de mis aspiraciones, al que voy con el alma, cuando no puedo ir en persona. ¡Considerad si hablaré con gusto de él!

Mistress Needle se conformó con su suerte: no pudiendo impedir que su hijo faltase á sus propósitos, se consoló, dándole la razón:—También yo, dijo, no pude menos de escandalizarme un poco.

—¿Y por qué? preguntó Julia.

—No prepares tus armas, ni te inquietes, bella mía, respondió la Needle; ya sabes que no desprecio yo lo que amas tú; pero permíteme que lo diga; allí nosotros pisábamos el pórfido y el granito egipciano, mirándonos en paredes cubiertas con ágata y diaspuro: delante de nosotros resplandecía un tesoro de objetos de plata; cornisas, frontales de medio relieve....

—¡Ah, sí! Un San Luis consagrándose á la Virgen.

—No me fijé; mas recuerdo que los angelitos, los candelabros, los lirios, las lámparas, todo era de plata, y casi surgió en mi espíritu la idea de Judas á la vista del unguento derramado....

—Espero, dijo Julia interrumpiéndola, que habreis vivamente desechado esta mala idea, tan contraria, no sólo á vuestro corazón pío, sino también á la Biblia.

—Sí y no, dijo la Needle: aquí las riquezas no sirven para el culto de la Persona divina de Jesucristo; sirven para hon-

rrar á una simple criatura como nosotros, lo cual no alcanzo cómo se compagina con el mandamiento de adorar sólo á Dios.

—Aquí está vuestro error: imaginar que todos los honores tributados á una criatura disminuyen los debidos á Dios. Precisamente, precisamente lo contrario, porque nosotros honramos en María la excelencia personal que le confirió Dios con dones supremos de gracia. *Salve, llena de gracia*: lo dice el Evangelio de San Lucas. Pregunto yo: ¿puede injuriarse á Dios, reconociendo sus dones á sus criaturas, y exaltándolos? Aquí está el señor John; tiene un magnífico reloj de repetición y una cadena bellísima: yo, delante de vos, se la elogio, y le digo:—Me alegro, señor; esta cadenita es noble, rica, grandiosa: vuestra madre la escogió con exquisito gusto, y persuadíds de que la llevais perfectamente. Ahora bien; decidme, señora: ¿os juzgaríais maltratada por estas frases? Todo lo contrario; os complacerían, y con justicia, imaginando que trataba de haceros un cumplido á vos misma, dirigiéndolo á vuestro hijo. De igual manera hórase á Dios, exaltando en María los dones celestiales.

—Está bien, añadió entonces John sutilizando; mas en el ínterin, perdeis de vista

el honor sumo que se debe á Jesucristo, y que fuerza es quitar á Dios Hijo el que ofreceis á la Madre, simple criatura.

Fingiendo Julia no responder, volvió las espaldas á John, y con gracia dijo á la señora:—Mistress Ana, sois la madre más dichosa de Inglaterra que conozco; teneis un hijo que es la perla de los hijos, amante con vos, respetuoso, agradecido, de ingenio feliz, agudo, razonador, dialéctico terrible: ¡feliz vos, y bendito el fruto de vuestro seno!—Así habló Julia; y añadió luego, fijando la vista en John:—Señor, ¿os he ofendido en algo?

Callaba John: Julia, insistiendo:—¿Os parece que nosotros, magnificando á María por ser Madre de Jesucristo (pues la Maternidad divina es el fundamento y el principio sobre que descansan todas las glorias de la Virgen); os parece, digo, que deshonramos á Jesucristo? Mil veces no; por el contrario, los honores, si bien tribútanse á la Virgen, dignísima de veneración, aunque sea una criatura, después sustancialmente suben á Jesucristo: de la propia manera precisamente que os juzgais honrado, si, por consideración á vos, honro á vuestra madre.—

Como ni John ni su madre hallaron la

forma de combatir este raciocinio victorioso, Julia se apresuró á sacar la conclusión:—Luégo veis claramente, mi buena señora, que criticar aquellos metales y piedras preciosas que tanto embellecen el altar de la Santísima *Annunziata*, sería exactamente lo mismo que tener el celo avaro é irreligioso que cordialmente detestais en el opóstol murmurador.

Sin embargo, no tardó mucho John en levantar la cabeza, galleando y diciendo:—Vos, miss Julia, con todas vuestras habilidades, no habeis probado sino que se puede respetar y enaltecer á la Madre de Jesucristo sin inferirla una injuria. Hasta aquí puede seguiros todo buen protestante; ¿quién de nosotros enseña que debe ser despreciada la Madre de Dios? El mal está en que los católicos la honran con un culto igual á Dios: he aquí el error; he aquí (perdonad) ¡la idolatría!—

Mistress Needle aprobaba con la cabeza y con el gesto. Añadió Julia:—Ya que vos hablais con libertad, permitid que me explique libremente.

—¡Oh! Esto sí, contestó la señora, que hubiera hecho callar á la joven con gran gusto.

—Todos tenemos nuestras preocupacio-

nes de nacimiento, continuó Julia: yo la primera. En Nápoles siendo muy niña, imaginaba que todos los no católicos eran sin más enemigos jurados de la verdad conocida. Después tratádoos y tratando á otros protestantes, debí persuadirme de la falsedad de mi opinión pueril, por descubrir en las comuniones heterodoxas muchas personas de buena fe, sin excluir las instruídas. Me libré poco á poco de mi error, reconociendo con sumo placer que, si muchos son los que yerran, son poquísimos los *herejes* propiamente tales, es decir, los obstinados en profesar un error conocido. Ahora bien: haced otro tanto, dejad aparte las prevenciones mamadas con la leche, y . . .

—Lo he visto con mis ojos, añadió John interrumpiéndola.

—No habeis visto nada que os dé derecho de acusarnos de adorar á la Virgen. ¿Qué habeis visto? A los fieles hacer genuflexión y prosternarse, besando el altar de María. Ahora bien. Abrid la Biblia, y hallareis actos muy parecidos de personajes santos. Abraham *adoró* el pueblo del país á que había llegado; Jacob *adoró* siete veces á su hermano Esaú; David *adoró* á Saúl; Saul *adoró* á Samuel; el profeta Natan

adoró á Salomón; la *Sunamita adoró* al profeta Elías; Abraham, Lot y Jousé *adoraron* á los ángeles del cielo que se les presentaron. ¿Qué se significa con la palabra *adorar*? Que se postraron y enaltecieron profundamente á determinadas personas, sin que por esto las idolatrasen. Lo mismo hacen los católicos delante del altar de María. ¿Quién os dice que le atribuyen una dignidad divina, un poder semejante al de Dios, ni siquiera una potestad independiente?

—No lo hareis vos, dijo John, por ser grandemente literata; pero ¿y los otros?

—Los otros, respondió Julia, obran lo mismo y mejor que yo. ¿Quién es tan estúpido entre nosotros que trate á la Virgen como una Diosa?

—Cuanto he visto con mis ojos; á la prueba. El pueblo católico ciertamente adora el Pan de la Eucaristía, y lo adora con el culto supremo, propio de la Divinidad. Ahora bien: delante de él hacen exactamente lo que hacen en presencia de la imagen de la Virgen. Debeis, por consecuencia, confesar que, ó los católicos niegan la adoración á Jesucristo en la Eucaristía, ó que la conceden también á la Virgen. No hay escape.